

# Sección literaria

## ¡VIVA EL AMOR!



por  
**AMPARO POCH**  
Madrid

Bajo por la calle de Alcalá, esta mañana de primavera en comienzo.

Al amor del sol la rebeldía extiende la generosa floración de sus ramas; y sus yemas revientan de optimismo y alegría, aun en contra de la misma realidad y a la cadencia de la vida interior, que estira los labios para realizarse al aire...

Parece mentira que la vida, esta cosa tan buena, tan sencilla, tan dulce y fácil de sentir, se haya hecho mala, traidora y complicada en manos de unos cuantos. Seres sombríos, almas opacas, genios subterráneos y retorcidos que temen la luz, la risa, los goces de la carne y el estallar ardiente, sonoro y magnífico de todos los capullos.

¿Qué han hecho estos señores, organizadores de la vida; qué han hecho los acaparadores de la ciencia y la ciencia, los defensores del dogma y la moral? Sencillemente, han envenenado de temor y rectitud a sus semejantes; se han hartado de lanzar bombas de retórica y sentimentalismo contra lo instintivo, contra lo espontáneo, contra lo natural; y han agarrotado el cuello a los hombres joviales y limpios, con un sol radiante por corazón.

Ah, magnates, príncipes de la reglamentación, jefes del encasillamiento. Olímpicos medidores de cualquier gesto y actitud. Yo ensayo mi pirueta, yo clamo en alta voz mi reto, recortado sobre el cielo en estampa ancha y ridículamente azul. Yo quiero evadirme de la intriga, de la traición, de la hipocresía y de la frialdad.

Todo el Occidente, aplastado por el temor a los mitos orientales, temblando ante las posibilidades de sus venganzas, se ha helado. Aquella cálida y jugosa naturalidad del paganismo se ha vuelto rodeo y malicia; la risa y el suspiro se han empapado en vinagre para empalidecer y se han puesto un antifaz de «personas honradas».

Dadme, sol, y os devolveré rebelión multiplicada al infinito, sacerdotes de la conveniencia y la mentira.

Ah, sí... no me acordaba... el orden es necesario para el progreso. A mi lado, baja la calle de Alcalá un grupo interesante de personas. La calle y la casa; lo íntimo y lo exterior, son un vasto escenario visto tras un cristal que nos preserva del contagio. Este grupo no se fija en mí y yo puedo observarles y sonreír...

Hoy es domingo, domingo, domingo... ¡Eh! Hay que sacar la dama a la calle, que para eso tiene un «renard» con un broche magnífico que debe ir justamente encima del hombro izquierdo. Hoy es domingo. Hay que cambiar el cuello planchado, de puntas alargadas; hay que vaciar el frasco de fijador y salir liso, planchado, suave y reluciente como un

pincel de marta. Sobre todo, hay que coger la cara del domingo, y ponerla asegurada, bien asegurada por detrás de las orejas.

La cara de domingo es cara de familia y aburrimiento. Cara del que vive entre muros toda la semana, encadenados al espíritu, la imaginación y el cuerpo; y al llegar el domingo ha de cepillar ropa y piel para bajar, correctamente, la calle de Alcalá...

El marido, jefe, señor, dueño, protector natural, etcétera, etc., ahueca el brazo esmeradamente para que la dama del «renard» y del sombrero «staliniano» apoye el suyo sin desviarlo un milímetro.

El brazo libre de cada uno tira de un chiquillo con igual tensión y amargura que las cuerdas del globo sostienen su lastre.

El «renard» molesta con el sol, pero hay que sacarlo y abrocharlo bien sobre el hombro. Y ¿hablar? ¡Hablar! ¿De qué? Las caras de domingo, escapates de tragedias mínimas, ya dicen bastante con su silencio. La sombra de Eliseo Reclus (el matrimonio es el rapto) pasa sin que nadie se de cuenta de ella.

Cansancio, cansancio, domingo... Pero todos, señores correctos, bien medidos, bien forrados; todos vosotros, digo, con el deseo y la ambición tras el hastiado semblante, tenéis una parte de culpa en las desdichas humanas. Vuestra conducta «personal» sopla y aviva el fuego de los dogmas morales; mantiene este repugnante orden desordenado. Ponéis la espalda por puntal de lo existente y estáis dispuestos a poner el corazón. Todos vosotros, hombres y mujeres, estrictamente honrados, formidablemente decentes, que tenéis para la sociedad el gesto acomodaticio y para la intimidad el dolor de haberos olvidado de ser sinceros; vosotros, en fin, sin saberlo unos, sabiéndolo todos, ayudáis individualmente al hundimiento colectivo en la sombra sin fondo de la tristeza.

Unos, los atrasados, los reaccionarios; otros, los que se dicen libres y tienen, por ello, culpa mayor.

Oh, los lienzos de lino blanco tendidos a la luz; los velos y las túnicas y las sandalias bordadas. La flauta de Pan por entre los pinos; y la piel al sol y el corazón al aire con su cabellera de llamas, como una generosidad o una amenaza.

Yo no quiero esconderme en la complicidad; yo me liberto, señores del gesto bien medido. Yo quiero reír como ríen los violines de los pájaros y de los árboles y de la gota de agua en la fuente.

Enfrentar mis ojos con la luz y sentir en la carne y en el alma esta cosa tan sencilla, tan buena y tan fácil que es la vida.

Yo me desligo del Occidente helado de temer. Lejos de mí las caras de domingo... Quiero el amigo que sepa saltar y reír en la comba de un rayo de luz; no el pincel de marta que baja por la calle de Alcalá sin más objeto que las patas del «renard» se afilen las uñas en su americana.

Ah, sí... no me acordaba... La familia es la base y fundamento de la sociedad.

¡Viva el amor!